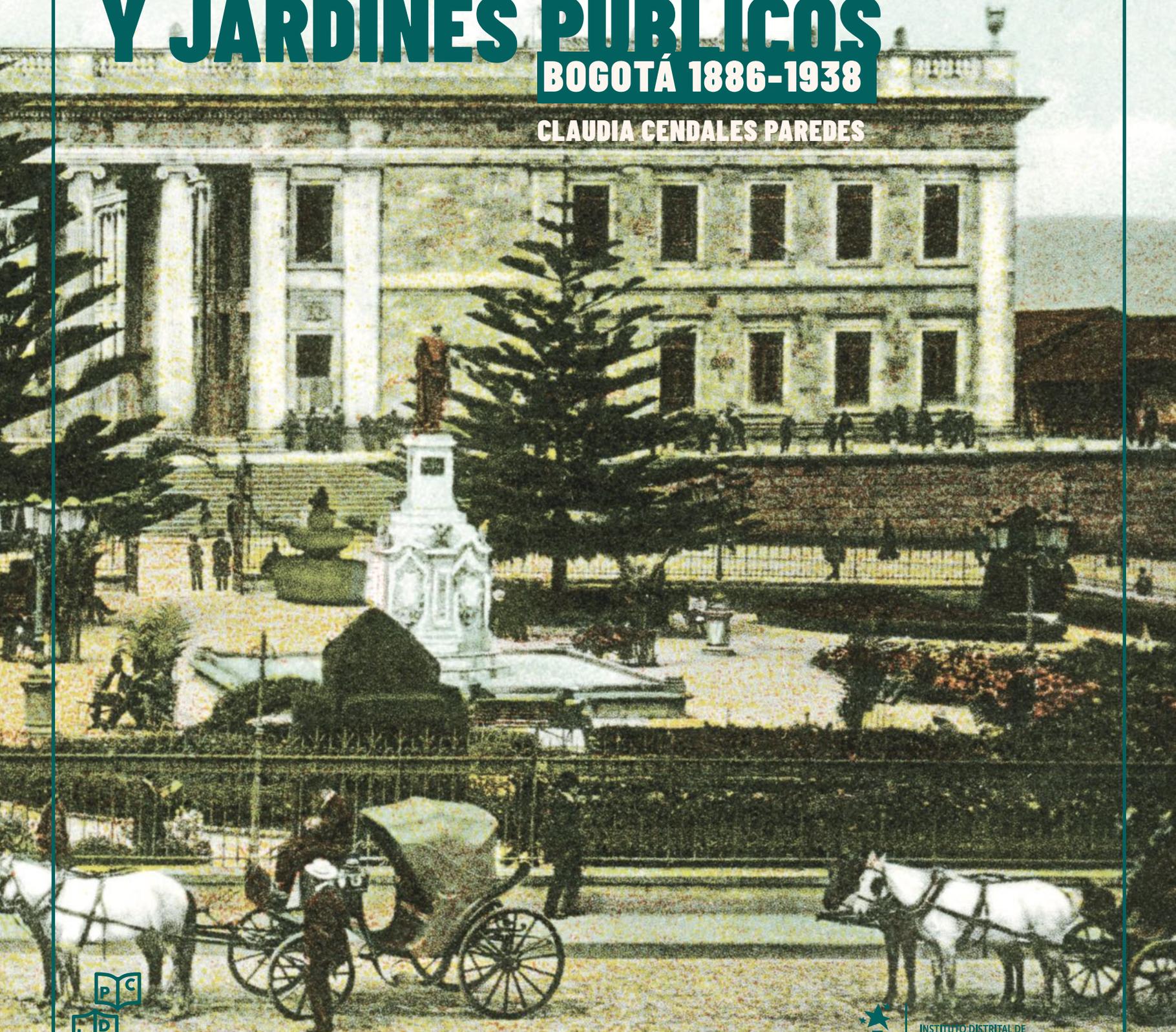


LA VIDA PRIVADA DE LOS PARQUES Y JARDINES PÚBLICOS

BOGOTÁ 1886-1938

CLAUDIA CENDALES PAREDES





Anturio
Anthurium andraeum



Gente descansando en el prado en el parque Nacional. Ca. 1950. Colección Museo de Bogotá, Fondo Fotográfico Daniel Rodríguez, registro MdB-16453









ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

ALCALDESA MAYOR DE BOGOTÁ
Claudia López Hernández

SECRETARIO DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Nicolás Montero Domínguez

DIRECTOR INSTITUTO DISTRITAL DE PATRIMONIO CULTURAL
Patrick Morales Thomas

SUBDIRECTORA DE DIVULGACIÓN Y APROPIACIÓN DEL PATRIMONIO
Angélica María Medina Mendoza

INVESTIGACIÓN Y TEXTOS
Claudia Cendales Paredes

COORDINADORA EDITORIAL
Ximena Bernal Castillo

REVISIÓN HISTÓRICA Y DE FUENTES GRÁFICAS
Alfredo Barón Leal

ILUSTRACIONES
Diego Bohórquez

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Yessica Acosta Molina

CORRECCIÓN DE ESTILO
Bibiana Castro Ramírez

FOTOGRAFÍAS Y AGRADECIMIENTOS

Archivo General de la Nación, Archivo de Bogotá, Archivo Central e Histórico Universidad Nacional de Colombia, Archivo Konrad Brunner, Banco de la República, Bayerische Staatsbibliothek München, Carlos Lema-IDPC, Camilo Rodríguez-IDPC, Claudia Cendales, Hanz Rippe-IDPC, Carlos López-IDPC, Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis, Museo de Arquitectura Leopoldo Rother Universidad Nacional de Colombia, Museo de Bogotá-IDPC, Museo Nacional de Colombia, Revista Cromos, Revista El Gráfico, Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, Universitätsbibliothek der Technischen Universität Berlin, Universitäts- und Landesbibliothek Düsseldorf, Ximena Bernal Castillo

IMPRESIÓN
Buenos y creativos S.A.S.

ISBN 978-958-52575-6-6

www.patrimoniocultural.gov.co
Impreso en Colombia, 2020

* Esta publicación corresponde al proceso editorial realizado a partir de los resultados de la investigación de tesis de doctorado en historia del arte titulada: "Die Park- und Grünanlagen von Bogotá: ihre Entstehung, Bedeutung und Entwicklung 1886-1938" finalizada en el 2010 en la Technische Universität Berlin (TU Berlin)

PORTADA
Plaza y parque de Bolívar, ca. 1908.
Librería Colombiana, Bogotá. Colección Particular

LA VIDA PRIVADA DE LOS PARQUES Y JARDINES PÚBLICOS

BOGOTÁ 1886-1938



CLAUDIA CENDALES PAREDES

*Aunque desnuda de jardines y de campos cultivados,
avenidas arboladas y bosques de árboles gigantescos,
que añaden tanta gracia a la majestad del escenario
montañoso, para el verdadero amante de la naturaleza
hay mucho que admirar en los alrededores de la ciudad.
[...] Arriba, la montaña se torna más fértil. Aquí alegran la
vista altos arbustos y musgos bellamente coloreados*

*(John Steuart, Narración de una expedición a la capital de la Nueva
Granada y residencia allí de once meses (Bogotá en 1836-1837)*





Parque Nacional. 2020. Fotografía de Camilo Rodríguez-IDPC



CONTENIDO



16_ AGRADECIMIENTOS. Claudia Cendales Paredes

18_ PRESENTACIÓN. Patrick Morales Thomas

20_ SER JARDINERO HOY. Hugo Pedraza Barón

22_ PRÓLOGO. Ana María Carreira

24_ INTRODUCCIÓN

¿POR QUÉ UNA CIUDAD CAPITAL EN ESTE EXTRAVAGANTE SITIO?

30_ La relación de la ciudad con sus alrededores

37_ Bogotá en la segunda mitad del siglo XIX

“NECESITAMOS UN PARQUE PARA NUESTRA QUERIDA CAPITAL”

42_ La creación de los primeros parques y jardines públicos a finales del siglo XIX

La plaza de Bolívar

La plaza Santander

El parque Centenario

71_ ¿Parque, plaza o jardín? Diseño, vegetación y tipología de los parques y jardines públicos

El diseño

La vegetación

Tipología y crítica a los parques y jardines existentes

INICIOS DE SIGLO: NUEVOS PROYECTOS

102_ El parque de la Independencia y la Exposición Industrial y Agrícola de 1910

La planeación del parque de la Independencia

Diseño del parque

Pabellones de exposición y esculturas

Diseño de los jardines y vegetación

137_ Exigencia de un nuevo tipo de parque

El uso del tiempo libre y su relación con la salud y la higiene

Los parques bogotanos en relación con los parques públicos en Europa en el siglo XIX

ADMINISTRACIÓN DE LOS PARQUES Y JARDINES PÚBLICOS DESDE 1918: RENOVACIÓN Y PARQUES NUEVOS

166_ Reforma de algunos parques existentes

184_ Nuevos parques

Plaza de Caldas

Parque de la Argentina / Chapinero

Parque de las Cruces / Girardot

Diseño y vegetación

214_ Parques planeados y no realizados. Administración de los parques públicos hasta 1930

LA PLANEACIÓN DEL PARQUE PÚBLICO EN LOS AÑOS 1930

226_ La ciudad a inicios de los años 1930

228_ El parque Nacional

Condiciones y motivos para la creación del parque

Construcción del parque

El diseño y la vegetación

Equipamiento y edificios

El parque Nacional: un parque urbano moderno

291_ La creación del Departamento de Urbanismo y la planeación de zonas verdes bajo Karl Brunner

El Paseo Bolívar

El O'Higgins y otros parques urbanos

Proyectos para el occidente de la ciudad: Bosque Popular y Ciudad Satélite

316_ Administración de los parques y jardines públicos desde 1930

328_ REFLEXIÓN FINAL: BOGOTÁ Y SUS PARQUES Y JARDINES PÚBLICOS

343_ ANEXOS

363_ BIBLIOGRAFÍA



Plaza de Bolívar. S. f. Colección Museo de Bogotá, Colección Álbum Familiar, registro 3445, aportante fotografía: Pantaleón Mendoza



Agradecimientos

La presente publicación condensa los resultados de la investigación doctoral en Historia del Arte que concluí hace algunos años en la Technische Universität (TU) en Berlín, y que han sido enriquecidos desde entonces con diversas experiencias. Mi interés en este tema, poco investigado hasta el momento, surgió desde mi pregrado en Historia del Arte en la Ludwig-Maximilians-Universität (LMU) en Múnich, cuando empecé a indagar en temas urbanos, en patrimonio y en la relación entre arte y naturaleza. Al acercarme de manera práctica y teórica al arte de la jardinería y a los parques y jardines históricos urbanos durante la Maestría en Conservación del Patrimonio Arquitectónico en la TU, constaté que uno de los aspectos apasionantes del tema radica en su interdisciplinariedad.

En la realización del doctorado en la misma universidad, agradezco a mis directores de tesis, Adrian von Buttlar y Gabi Dolff-Bonekämper, quienes apoyaron y asesoraron mi proyecto investigativo con mucha vehemencia. De gran ayuda fue el soporte económico otorgado por el Katholischer Akademischer Ausländer-Dienst (KAAD) durante este periodo.

Me gustaría expresar un agradecimiento al Archivo General de la Nación, al Archivo de Bogotá, al Archivo de la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá, al Archivo Konrad Brunner, al Museo de Bogotá y a la Biblioteca Luis Ángel Arango. De igual manera, al Ibero-merikanisches-Institut, a la Staatsbibliothek zu Berlin y a la biblioteca de la Technische Universität de Berlín, y en esta concretamente a la Deutsche Gartenbaubibliothek, especializada en horticultura.

Quiero agradecer a Joachim Wolschke-Buhlmann y a Sabine Albersmeier del Zentrum für Gartenkunst und Landschaftsarchitektur (CGL) de la Leibniz Universität Hannover, por otorgarme la beca posdoctoral Herrenhausen-Research-Fellowship que me permitió ajustar algunos aspectos de esta investigación, establecer nuevos contactos y ahondar en diversos temas que aún no considero agotados.

Expreso un sincero agradecimiento al Instituto Distrital de Patrimonio Cultural de Bogotá por interesarse en publicar mi trabajo, y en especial a Ximena Bernal por su entusiasmo, apoyo y paciencia en la edición del libro.

En Berlín quiero agradecer a mis amigos y colegas, y particularmente a Miriam Merz y Anja Wiese, quienes me acompañaron a nivel académico y moral durante todo el proceso de la investigación. También agradezco a mi esposo, José Manuel Daza, quien leyó, revisó y comentó mis escritos y ha estado a mi lado apoyándome incondicionalmente en todos mis propósitos. Finalmente quiero hacer partícipe de este libro a mi familia y lo dedico a mi madre y, en su ausencia, a mi padre.



Palma Phoenix
Phoenix canariensis

Presentación

Las representaciones del “mundo natural” y la traducción urbanística de la presencia inmanente de la naturaleza han sido relevantes en las maneras de entender, diseñar y habitar las ciudades modernas y contemporáneas. Desde finales del siglo XIX, la preocupación por dotar la habitabilidad urbana con *espacios verdes* que respondieran a los cambiantes criterios estéticos y políticos para aproximarse a lo natural ha hecho parte de los planes y programas urbanísticos que han configurado la Bogotá actual.

La vida privada de los parques y jardines públicos. Bogotá, 1886-1938 da cuenta de las trayectorias que, desde finales del siglo XIX hasta los años treinta del siglo XX, trazaron las coordenadas para insertar la flora dentro del hábitat urbano. Esta inserción, marcada por la premisa de gobernar, bordear y domesticar la vegetación de acuerdo con aquello que se consideraba conveniente para la construcción de determinadas ciudadanías, es abordada en esta obra a través de una detenida observación de condiciones, intereses, nociones estéticas, imaginarios y proyectos de civilidad y progreso que cada iniciativa institucional materializó en el espacio. Sin embargo, este estudio no se limita al análisis de las dinámicas propias de las jefaturas de la ciudad, sino que teje narrativamente, de manera muy cuidadosa, las relaciones entre los proyectos públicos y el apareamiento de quehaceres, disciplinas y oficios que, como la jardinería, integraron el universo de significados plasmados en los parques y jardines.

En las páginas siguientes se verá cómo el imaginario asociado a los parques y jardines estuvo nutrido también por el advenimiento de concepciones éticas, atravesadas por los discursos higienistas, que pretendían regular y administrar tanto la salud como el comportamiento de la población. Se consideraba, pues, de mayor virtuosismo, sanidad y decoro invertir el tiempo libre en actividades que tuvieran lugar en estos nuevos espacios en vez de destinarlo a rutinas menos honorables como las asociadas con las cantinas o el juego. Con el ánimo de diferenciar la sana ociosidad del repulsivo vicio, se promovieron entonces prácticas deportivas y gimnásticas: las primeras identificadas con las élites y las segundas, con el pueblo.

De tal manera, esta publicación elabora una detallada lectura analítica tanto de los sentidos de orden estético, ético-político y cultural que informaron los proyectos urbanísticos enfocados en la generación de nuevas espacialidades, como de los significados que, en aras de su apropiación efectiva por parte de la ciudadanía, gravitaron alrededor de ellos.

A través de la exploración de un amplio repertorio de fuentes para la investigación, esta publicación que incluye, además, una guía para recorrer los parques y jardines públicos creados entre 1886 y 1938 y construye un relato rico en evidencias y derivas reflexivas de altísimo valor para la comprensión de los itinerarios históricos que han dado lugar a las maneras en que la Bogotá del presente concibe y se relaciona con sus esferas de vegetación natural.

Patrick Morales Thomas
Director Instituto Distrital de Patrimonio Cultural



Amarrabollos
Meriana nobilis

Ser jardinero hoy

Ese pino ciprés al abrazarlo me da esa tranquilidad y esa energía de continuar cada vez en esto que amo y que en realidad me encanta hacer. El cuidado de estos ejemplares se realiza con una poda de sus ramas más pesadas y peligrosas por sospecha de caída, se les realiza una abonada dos veces año, se le retiran las especies de plantas y arbustos que intentan crecer en el cañón y se hace un seguimiento de hongos.

Mi nombre es Hugo Hernán Pedraza Barón. Nací en el año de 1963 en el municipio de San Andrés (Santander del sur). Desde pequeño me gusta mucho la naturaleza, porque me crie durante mis primeros quince años en el campo. Después realicé mis primeros trabajos de jardinería en la ciudad de Bucaramanga, y fue hasta los años ochenta que viajé a Bogotá y me integré a la Universidad de América, para realizar el mantenimiento y el cuidado de sus jardines, prados y árboles con la colaboración de dos ingenieros: uno forestal y uno agrónomo, de los cuales sin duda alguna aproveché su conocimiento y experiencia al máximo. Allí, realizamos la intervención total de la universidad y la germinación de muchas especies de árboles.

En 1982, me distinguí con la directora de la Casa Museo Quinta de Bolívar, la doctora María Susana Awad de Ojeada, quien me propuso trabajar en el museo que en esa época estaba bajo la dirección del Ministerio de Obras Públicas y Transporte. Yo sin duda alguna acepté la propuesta para desempeñar el cargo de jardinero. Desde ese día me sentí muy orgulloso y admirado de tan hermosos jardines y de esa belleza de árboles antiguos que fueron testigos de los pasos del Libertador. Además, desde ese día comprendí la gran responsabilidad y la importancia que representaban los jardines y la fauna para el museo.

El jardín de la Quinta cuenta con varias especies de alélies de varios colores (blanco, morado, rosado, azul); también con geranios, novios, fucsias, margaritas, bifloras, azaleas, lirios de diferentes especies, sabilones, jazmín paraguayo, bella helena gigante, clivias, miosotis, hebes y cartuchos, entre otros. Por otra parte, en el diverso jardín de antes florecían las amapolas de diferentes colores y todos los caminos estaban cubiertos con lágrimas de bebé. Las orquídeas de varias especies colgaban en todo el alar de la casa y también la planta panameña que acompañaba casi todos los jardines. En la actual zona administrativa los platanillos cubrían el área de extremo a extremo, e incluso las plantas acuáticas sobresalían del espeso jardín. En esa época teníamos un gran vivero, donde realizamos nuestros propios semilleros de diferentes especies presentes en el jardín.

En el museo hay más de treinta árboles y palmas antiguas. Entre ellos tenemos: cedros, pinos, robles, laureles, nogales, manos de oso, raques, sangregados, palmas bayoneta y palmas cera. Los árboles más recientes son guayacán, chicala, borrachero, corazón de pollo, alcaparro gigante, acacia, corono, uvo, entre otros. Una de las cosas más importantes es que los árboles siempre han estado acompañados por quiches o bromelias y por abundantes capas de níqueles y musgo.

Actualmente el testigo del Libertador es el árbol que desde mi punto de vista es el más antiguo del museo; ese pino ciprés al abrazarlo me da esa tranquilidad y esa energía de



continuar cada vez en esto que amo y que en realidad me encanta hacer. El cuidado de estos ejemplares se realiza con una poda de sus ramas más pesadas y peligrosas por sospecha de caída, se les realiza una abonada dos veces año, se le retiran las especies de plantas y arbustos que intentan crecer en el cañón y se hace un seguimiento de hongos y de sustancias viscosas.

En la huerta del museo, en el año 1997 sembramos el manzano, el ciruelo, el árbol de pera, el papayuelo, el durazno y el brevo y el laurel que aún se conservan. Actualmente la huerta cuenta una una variedad de aromáticas (menta arbusto, hierbabuena, cidrón, manzanilla, toronjil) y de tubérculos (papa, arracacha y cubios, entre otros) y de hortalizas (acelgas, espinaca, lechuga, por mencionar algunas). Lo que recuerdo de la huerta cada vez que trabajo en ella es que las aromáticas se daban a los visitantes, a los empleados del museo y vecinos cercanos de la Quinta de Bolívar. También con la cosecha de maíz y arracacha realizamos en esos tiempos chicha para el público y el personal del museo.

Al paso del tiempo fui conociendo a grandes amigos y personas que me apoyaron y me dieron la posibilidad de compartir mis conocimientos y mi experiencia en otros sitios. Este es el caso del doctor Juan Luis Isaza o de Gabriel Pardo, exdirectores del IDPC, quienes me pusieron al cuidado de esa belleza de jardines y árboles antiguos de las sedes principales que integran el instituto y que he conservado hasta el día de hoy, como lo hago con los que me rodean en la Quinta de Bolívar. Gran parte de estos mismos jardines los conformé con plantas nativas de la casa del Libertador.

Otros trabajos de jardinería que he tenido el gusto de realizar, restaurar y diseñar los hice en los Clanes y el planetario de Idartes, la Personería de Bogotá, e incluso he trabajado con personas que me dejan la labor y la responsabilidad de llevar parte de mi esencia y conocimiento a sus hogares y sitios de descanso. Me gusta mucho realizar el tratamiento y el cuidado de los árboles, además de mantener esos encantos de jardines coloniales. Mi trabajo también ha hecho que acompañe a distintas universidades a recorrer el sendero del río San Francisco y también he salido en columnas de prensa, en libros y en muchos eventos que admiran mi forma de ser y trabajar. Y me siento muy contento de estar trabajando en algunas de las casas antiguas del centro histórico de La Candelaria porque, al recorrer sus jardines, siento la energía positiva y la tranquilidad de la naturaleza que transmito, y son testigos quienes han tenido la oportunidad de hablar conmigo.

Hugo Pedraza

Jardinero desde hace más de cuarenta y cinco años en Bogotá

Prólogo

En esta investigación Claudia Cendales realiza una importante aportación a la historia urbana de Bogotá, ciudad que ha sido pocas veces narrada desde sus historias íntimas. Este libro nos introduce en la vida privada de los parques y jardines públicos que fueron pensados, diseñados y concretados entre 1886, fecha en que se proclama la primera Constitución colombiana, y 1938, año en que se celebra el cuarto centenario de la fundación de Bogotá.

El arco temporal abordado en el estudio se centra en un momento clave de la ciudad, cuando pasó de contar con aproximadamente 85.000 habitantes, en 1881, a más de 330.000, en 1938. La población comenzaba a desplazarse del campo a la ciudad, la incipiente clase media fundaba nuevos barrios en el norte, y la clase obrera se establecía cerca de las primeras fábricas y en sus márgenes.

El texto realiza un recorrido por las biografías de parques y jardines de Bogotá. Así conocemos los hechos más importantes en que fueron protagonistas; los personajes que los diseñaron; quiénes y qué sembraron, y los que los cuidaron. También da cuenta de una clase dirigente que buscaba mostrar al mundo una imagen de progreso e intentaba, con escasos resultados, embellecer la ciudad a través de nuevos espacios públicos y construcciones; y entre ires y venires se fueron concretando algunas plazas y jardines. Entre ellos están los que, por diferentes circunstancias, nunca se materializaron, los que ya no existen y otros tantos que, a través del tiempo, han tenido diversas transformaciones.

En estas décadas el Municipio y la Sociedad de Mejoras y Ornato fueron los encargados de mantener los parques y jardines públicos; para ello se crearon algunas entidades, y se contrataron profesionales y trabajadores especializados, como arquitectos paisajistas, botánicos y jardineros dedicados al diseño, la ejecución y el mantenimiento de estos espacios. En ellos se plantaron árboles y plantas nativas, exóticas y forasteras, y se instalaron monumentos y equipamiento con el fin de responder a las aspiraciones y funciones que cada década imponía a la ciudad. Esto demandó la creación de los primeros viveros, la compra de semillas y, posteriormente, la creación del Jardín Botánico. Algo relevante que especifica la autora son las diversas especies de árboles y plantas que se sembraron en cada uno de estos espacios verdes, datos muy poco conocidos. El estudio describe el aporte de algunos especialistas extranjeros que contribuyeron con su experiencia y también de los cazadores que pasaron raudamente por la ciudad con el fin de recolectar y comercializar plantas.

Claudia Cendales describe y reflexiona sobre las teorías y las prácticas que se desarrollaban en Europa referentes a los parques y jardines públicos, y lo que sucedía en este tema en algunas ciudades de América Latina, aquellas que contaron con expertos en el arte de la jardinería. Ideas y modelos que también circularon por Bogotá, y se vieron reflejados en planes donde jugaron las palabras y las imágenes y donde hubo pocos resultados concretos. Este diálogo que la autora establece entre ciudades permite identificar las diferencias y las particularidades que se vivían en cada uno de los contextos. Esto nos lleva a preguntarnos sobre la oportunidad desperdiciada que tuvo Bogotá de poder planificar una ciudad con más espacios verdes en un momento en que crecía en población



y extensión. Quizás, la abundante y variada flora, el marco imponente de los cerros y el clima benévolo contribuyeron, y aún lo hacen, a que no se tomara conciencia de las posibilidades de crear y disfrutar de más espacios públicos.

Las ideas que se concibieron para el diseño de los parques y jardines que la ciudad demandaba muchas veces omitieron los problemas urbanos: los conflictos sociales, la especulación del suelo, la mala organización administrativa y las carencias financieras del Municipio. Este ocultamiento de la realidad, que revela la incoherencia entre lo que se deseaba y pensaba y lo que era posible llevar a cabo, explica por qué se concretaron solo unos pocos de los parques y jardines, y por qué sí se dejó avanzar sobre los espacios públicos a las empresas urbanizadoras.

Un aspecto a resaltar de esta investigación es la riqueza de las fuentes escritas consultadas y la importancia dada a las imágenes, las cuales constituyen un testimonio histórico que, como en otros casos, a menudo no está documentado por ningún otro vestigio; y, como pone de presente este estudio, son una evidencia de aquello que no dicen las palabras. Tanto en las fotografías como en los planos, la autora presta la atención necesaria y realiza un pormenorizado análisis de estas fuentes logrando obtener una información valiosa y generar nuevo conocimiento, así como construir una compleja y al tiempo equilibrada relación imagen-texto.

Este libro, dedicado exclusivamente a los parques y jardines públicos de la ciudad de Bogotá, abre las puertas a otros estudios interdisciplinarios. El rigor en los planteamientos y la riqueza en el análisis constituyen una referencia para investigaciones futuras. El lector tiene ante sí un ejemplo de historia urbana, un texto que da pie a múltiples lecturas. Además, Claudia Cendales nos entrega un catálogo con los principales parques y jardines de la ciudad que se diseñaron entre 1886 y 1938; una invitación a conocerlos, y a recorrer y valorar este patrimonio poco conocido que aún está en pie.

Dra. Ana María Carreira

Profesora titular. Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano



Introducción

En un artículo del 20 de enero de 1940, titulado “La vida privada de los parques públicos”, se describen varios parques de Bogotá. El parque de la Independencia es considerado complejo y cosmopolita, y buscado como refugio o quizá como consejero de los cesantes, quienes “después de haber meditado sobre su caso se tumban boca arriba sobre la grama en declive y descabezan un sueño con el sombrero puesto sobre la cara”. Además, es el preferido de muchas señoras para hacer costura, de obreros que trabajan cerca y se hacen llevar el almuerzo al parque, así como de los inmigrantes de la Europa en guerra: polacos, austriacos, judíos, alemanes; el parque se convierte en una especie de puerto de admirar y en un buen sitio para practicar idiomas. Su hermano, el parque Nacional, es mucho más grande pero con menos personalidad. Es más visitado por deportistas profesionales que van todos los días a entrenarse en sus canchas y también por “alguna pareja tonta que va a buscar en sus prados tréboles de cuatro hojas”. El parque Santander es para pasar un corto tiempo, un sitio para descansar, para aquellos que han hecho una larga marcha a través de la ciudad; también es el lugar para leer noticias en el periódico, hacer apuntes en la libreta o dejarse lustrar los zapatos. El parque Centenario, con su Templete y monumento a Bolívar, es sombrío, un lugar para la calma y la meditación, un remanso que sin embargo no anula el ruido del tranvía cercano, un lugar para individuos en actitud de reflexión y recogimiento; en las noches, los pinos robustos y altos hacen un follaje espeso a pesar de las bombillas de luz. Otros parques menores existentes son descritos como de menos personalidad y, si se visitan de día, cuesta creer que son tales, como en los casos de los Mártires y Las Cruces, sin esa geometría arbitraria que caracteriza a estos espacios. Sin embargo, el de Las Cruces tiene una cualidad más, ya que de noche, por encima de su escaso follaje, se pueden ver los búhos que habitan los templos cercanos y que hacen un rodeo por la pila de siete chorros para irse después. El parque España es el que ha permitido más casos policivos, siendo su especialidad el “novísimo delito de atraco”; sin embargo, tratándolo con prudencia es un buen amigo e, incluso, ireemplazable “para cumplir una cita aventurera”¹.

De esta manera se describían a inicios de los años 1940 varios de los parques públicos existentes en Bogotá, creados entre finales del siglo XIX y 1938. Y es que los parques y jardines², más que otra creación artística, se caracterizan por su función y su uso, que los hace parte importante de la historia urbana de una ciudad. Sin embargo, la jardinería pública en Bogotá no ha sido tema de una investigación exhaustiva desde la historia del arte. Siguiendo a Ernst Gombrich, y considerando el parque como una producción artística que satisface una demanda³, esta investigación indaga por el origen de los parques



¹ Carlos Delgado Nieto, “La vida privada de los parques públicos”, *Estampa*, año III, vol. IV, n.º 61, 20 de enero, 1940, 34-35 y 61.

² El concepto *parque* proviene del latín *parricus* y se puede definir como un territorio con árboles que, a diferencia de un bosque, no es de uso agrícola, sino que sirve de manera exclusiva para la estancia al aire libre, el movimiento y actividades de esparcimiento. El concepto *jardín* se utiliza en muchos casos como sinónimo, aunque parece hacer alusión a un espacio más pequeño y con un diseño más artificial, en el sentido de geométrico. Véase, desde la historia del arte, Gabriele Uerscheln y Michaela Kalusok, *Kleines Wörterbuch der europäischen Gartenkunst* (Stuttgart: Reclam, 2003), 195.

³ Ernst Gombrich, *Los usos de las imágenes: estudios sobre la función social del arte y la comunicación visual* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2003), 6.



y jardines públicos, su diseño, la implementación de su vegetación y mobiliario, y cómo estos están relacionados con aspectos políticos, sociales y artísticos.

El análisis de un parque y jardín histórico presenta una gran complejidad, debido a que se encuentra en el espacio público y a que representa un estado perecedero que debe ser conservado y mantenido. En este caso se trata de parques y jardines históricos que fueron ampliados o reducidos, como el parque Nacional y el parque de la Independencia; que ya no existen, como el parque Centenario, o que no fueron realizados, como el Bosque Popular. Su estudio se basa en primera instancia en fuentes primarias, como actas y planos, descripciones de la época y fotografías. Las fuentes primarias principales provienen del Archivo General de la Nación, donde se encuentran las actas del Ministerio de Fomento y Hacienda y del Ministerio de Obras Públicas; del Archivo de Bogotá, donde están los proyectos discutidos en el Concejo de Bogotá, y del Archivo de la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá.

Este texto analiza los parques y jardines públicos de Bogotá entre 1886 y 1938, un lapso temporal que abarca dos hechos importantes en la historia de la ciudad y del país: por un lado, en 1886 se proclama la primera Constitución colombiana y a nivel urbano se realiza una serie de transformaciones importantes, entre ellas la construcción de los primeros jardines y parques públicos de la ciudad; por otro lado, en 1938 se celebra el Cuarto Centenario de la Fundación de Bogotá, un evento de mucha relevancia, en cuyo marco se realizarán varios eventos y medidas urbanísticas, incluidos la proyección y realización de nuevos parques y jardines públicos.

Como jardín y parque público de Bogotá se consideran en este contexto aquellos que cumplen los siguientes criterios: 1) haber sido planeados o construidos por iniciativa estatal o municipal y administrados por estas instancias y no haber surgido de la iniciativa privada; 2) haber sido planeados para la utilización de todos los habitantes y no para el uso exclusivo de un grupo de personas. Uno de los objetivos principales de la investigación fue reconstruir la cronología de los parques y jardines públicos, considerando el momento de su creación y sus posteriores reformas en el lapso de tiempo planteado; así como su diseño original, incluyendo los monumentos, esculturas, mobiliario, equipamiento y vegetación utilizados. Se le dio relevancia a establecer cuáles fueron las personas e instituciones involucradas en su diseño, planeación, realización y administración, para así finalmente determinar si existieron intenciones y criterios específicos en el arte de la jardinería pública. Otro de los objetivos principales fue establecer la función y la utilización de los parques y jardines públicos, indagando por aspectos sociales relevantes que desempeñaron un papel importante en la exigencia de su creación así como en la decisión de si un parque debía ser realizado o no.

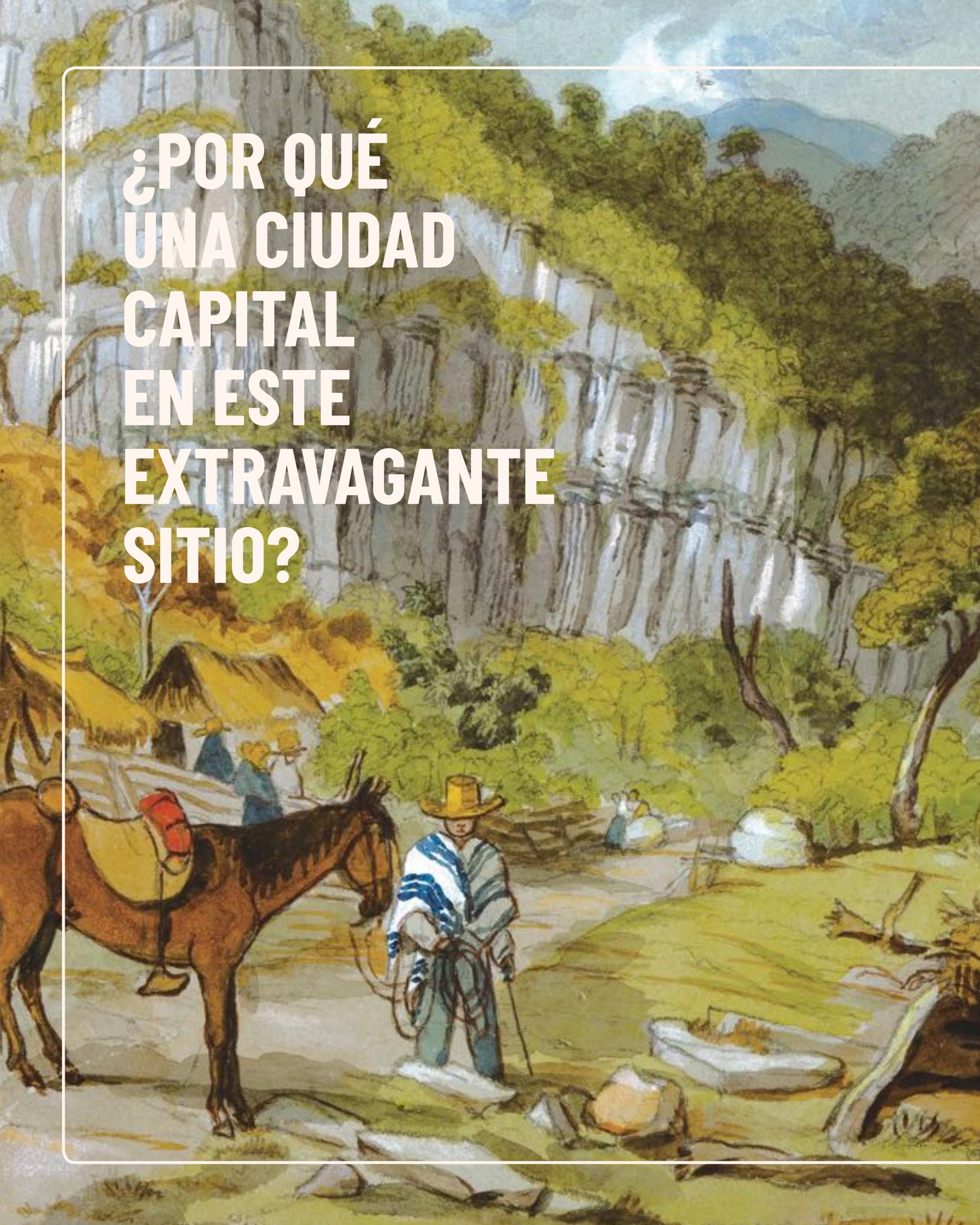
La mayoría de los parques tratados en este texto ya no existe. Sin embargo se conservan, aunque reformados, algunos de ellos, así como monumentos y equipamiento que se encontraban allí. Para algunos ciudadanos varios de estos parques y los recuerdos relacionados con ellos siguen presentes. De esta forma, los parques y jardines públicos continúan siendo parte importante del patrimonio cultural de la ciudad.





Jardines de la Quinta de Bolívar. 2019. Fotografía de Carlos López-IDPC

**¿POR QUÉ
UNA CIUDAD
CAPITAL
EN ESTE
EXTRAVAGANTE
SITIO?**





Edward Walhouse Mark. El Boquerón. 1846. Colección Banco de la República

La relación de la ciudad con sus alrededores

Durante su primera visita a Bogotá, Le Corbusier apuntó lo siguiente: “¡Vista desde Monserrate, 3.000 metros sobre el nivel del mar, es el sitio más extravagante! ¿Por qué una ciudad aquí, por qué una gran ciudad?”⁴. El arquitecto se refería a la situación geográfica, poco común para los ojos europeos: una ciudad en la mitad de los Andes, a 2.640 metros de altura y enmarcada por una formación montañosa. Desde el siglo XIX, varios viajeros extranjeros se habían sorprendido de la ubicación de Bogotá, entre ellos John Steuart, un escocés que visitó la ciudad en 1836 y escribió:

Qué pudo haber inducido al gobierno español a seleccionar un sitio tan singular y desfavorable para la capital de una gran provincia [...] Cualquier otro sitio habría sido mejor que el actual de la capital, recostada contra los picos de los Andes, alrededor de los cuales se reúnen sin cesar las lloviznas del páramo y las nubes, que envuelven la ciudad durante tres cuartas partes del año.⁵

De manera similar se expresaba Alexander von Humboldt (1769-1859) en sus diarios sobre su viaje a Bogotá en 1801:

Ciudad máximo 30.000 habitantes – se encuentra en la ladera de una cordillera, mientras que se hubiera podido encontrar un mejor lugar en toda la planicie. Pero los conquistadores se dejaron guiar por la coincidencia, especialmente siguieron a los indígenas y ampliaron las ciudades que encontraron. Es una empresa singular asentarse en la [...] cima de una montaña en una altura, que sobrepasa la espalda de los Pirineos.⁶

Los motivos por los cuales los conquistadores españoles se decidieron por el sitio para la fundación de Bogotá han sido discutidos ampliamente en la literatura. De gran importancia fue que encontraron, a su llegada en 1536, un sitio densamente poblado por los muiscas y con buenas características climáticas, en donde se fundó el 6 de agosto de 1538 Santafé de Bogotá, capital del Nuevo Reino de Granada, por Gonzalo Jiménez de Quesada⁷. La ciudad fue distribuida, como muchas otras urbes latinoamericanas, según un trazado de damero⁸. El terreno fue dividido en solares⁹. El punto de partida del trazado

4 Citado en *Cerros de Bogotá* (Bogotá: Villegas Editores; Alcaldía Mayor de Bogotá, 2000), 215.

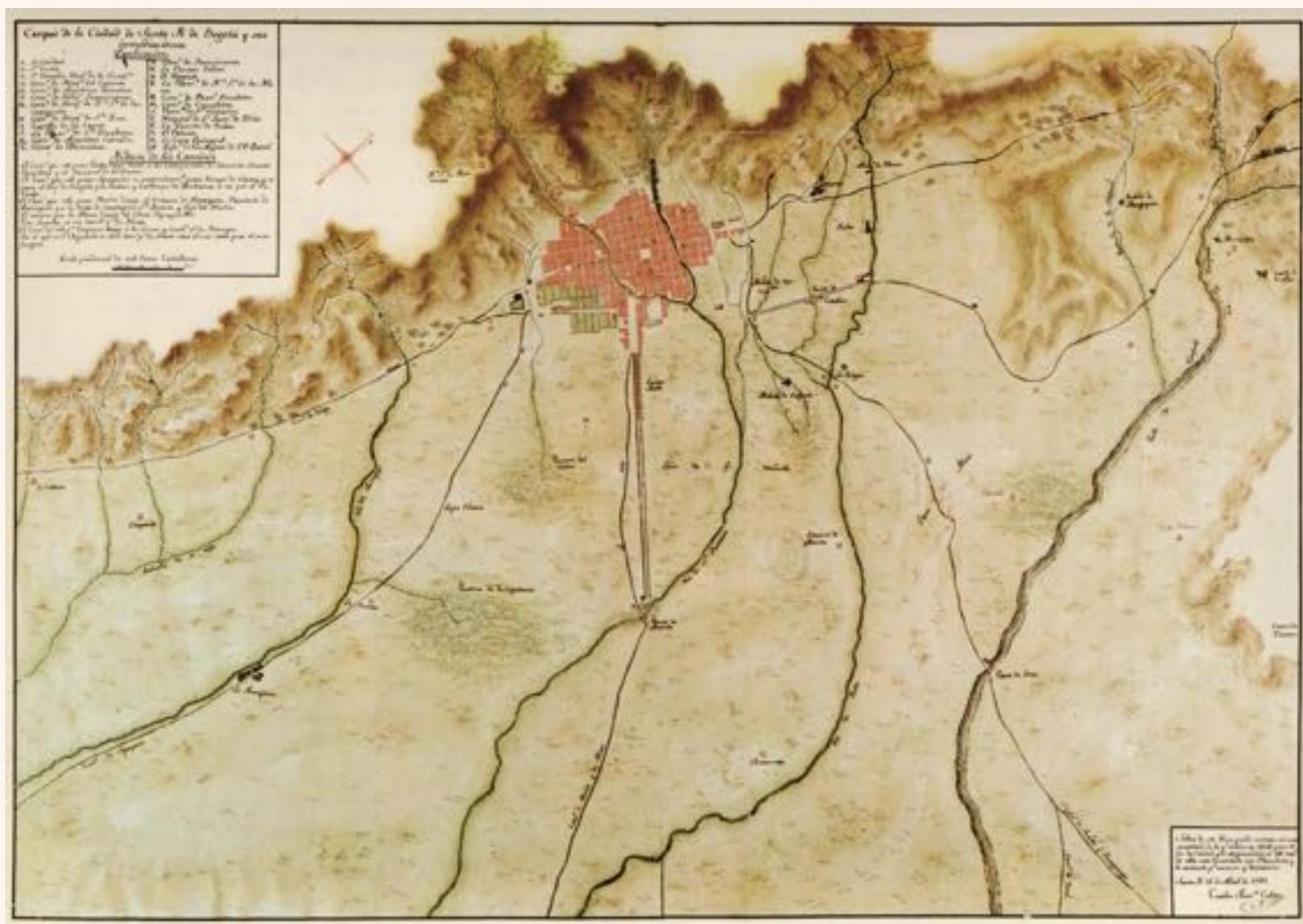
5 En Alfredo Iriarte, *Ojos sobre Bogotá* (Bogotá: Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá; Universidad Jorge Tadeo Lozano, 1999), 106.

6 Alexander von Humboldt, *Alexander von Humboldt in Kolumbien – Auswahl aus seinen Tagebüchern*, ed. Akademie der Wissenschaften der DDR und kolumbianische Akademie der Wissenschaften (Bogotá: Publicismo y Ediciones, 1982), 43. Todas las traducciones son de la autora.

7 El 6 de agosto de 1538 se ha impuesto como fecha oficial de la fundación de la ciudad, a pesar de que no se conserva el acta de fundación y su ausencia ha conducido a numerosas especulaciones; ver, por ejemplo: Alberto Escovar, Margarita Mariño y César Peña, *Atlas histórico de Bogotá 1538-1910* (Bogotá: Planeta; Corporación La Candelaria, 2004), 22; y Alfredo Iriarte, *Breve historia de Bogotá* (Bogotá: Fundación Misión Colombia, 1988), 21.

8 En la literatura existen numerosos análisis sobre el origen, la utilización y la propagación del trazado de damero en Latinoamérica; ver, entre otros: Andreas Hofer, *Karl Brunner y el urbanismo europeo en América Latina* (Bogotá: El Áncora Editores; Corporación La Candelaria, 2003), 19; para el caso de Bogotá, ver, entre otros: Carlos Martínez, *Bogotá. Sinopsis sobre su evolución urbana* (Bogotá: Escala, 1976), 26.

9 Los solares eran predios asignados a los primeros habitantes españoles. Las personas con un rango militar más alto recibieron un solar más grande que otras. Ver Escovar, Mariño y Peña, *Atlas histórico de Bogotá*, 22; Iriarte, *Breve historia*, 43.



Carlos Francisco Cabrer. *Croquis de la ciudad de Santafé de Bogotá y sus inmediaciones*. 1797. Servicio Geográfico del Ejército

era una plaza ubicada en el centro, que en Bogotá fue la plaza Mayor, en cuyo alrededor se dividió la zona en bloques. La plaza Mayor era el punto de orientación más importante y representaba, en sentido urbanístico y simbólico, el centro de la ciudad, razón por la cual los edificios más relevantes, como la iglesia principal y la alcaldía, fueron agrupados a su alrededor. La plaza Mayor era, además, el centro del comercio, la administración y las festividades religiosas, y servía para la demostración de poder¹⁰.

Desde su fundación, Bogotá estuvo marcada por tres elementos topográficos: los cerros Orientales, la circundante sabana y los numerosos ríos que la atravesaban. Estos elementos eran esenciales para la ciudad, marcaban su forma y su fisonomía y eran considerados como parte de ella. La sabana había tenido una importancia vital para los habitantes, porque proporcionaba, junto con otras zonas de la meseta, a pesar del clima frío provocado por la altura, suficientes víveres¹¹. Después de la fundación de Bogotá se distribuyeron las tierras en la colindante sabana. Esta tarea fue asumida por Gonzalo Jiménez de Quesada bajo la supervisión del cabildo y realizada hasta finales del siglo XVI. Las tierras cercanas a la zona de la ciudad fueron destinadas principalmente para agricultura, cultivos de pancoger o ganado menor. Además, en 1571 se destinaron zonas para dehesas y ejidos en la sabana. Estos lotes, utilizados de manera comunitaria, perte-

¹⁰ Hofer, Karl Brunner, 26.

¹¹ Germán Mejía Pavony, *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá 1820-1910*, 2.a ed. (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2000), 40-41.

necían a la ciudad, pero podían ser arrendados o vendidos. Los terrenos más grandes eran las mercedes de tierras vacas o realengas, que abarcaban predios de varios kilómetros, destinados a la agricultura.

Un poco más alejados de la ciudad se encontraban los resguardos, comunidades indígenas autónomas creadas por la Corona española para protegerlos de la explotación y, al mismo tiempo, para comprometerlos a trabajar en la agricultura. En la segunda mitad del siglo XVIII más de la mitad de las tierras fértiles en la sabana se encontraba en poder de la Iglesia católica. La expropiación de algunas órdenes religiosas, entre ellas la de los jesuitas, expulsados en 1767, trajo cambios en las relaciones de poder. Sus tierras, que tenían en parte cientos de kilómetros de extensión, y a las cuales pertenecían las haciendas Tibabuyes y Fucha, fueron confiscadas y repartidas a nuevos propietarios. En el marco de la secularización, iniciada por el presidente Tomás Cipriano de Mosquera en 1861, se expropiaron más tierras que fueron vendidas a comerciantes o a otras personas para fines de agricultura o para la construcción de grandes mansiones¹². De esta manera aparecieron al final del siglo XIX grandes haciendas, principalmente en la sabana, y se construyeron varias casas para habitantes adinerados.

De igual manera, los numerosos cuerpos de agua habían sido vitales para la ciudad. Desde la época colonial, fue abastecida principalmente por los ríos San Francisco, Arzobispo y Manzanares (también San Agustín)¹³. Los ríos San Francisco y San Agustín, nombrados según conventos construidos en sus orillas, atravesaban la ciudad de oriente a occidente y se unían en la parte suroccidental¹⁴. Con su curso constituían una frontera entre los barrios existentes y marcaron la forma y el tamaño de la urbe hasta el siglo XIX. Una barrera natural de Bogotá la constituían los cerros Orientales, que se extienden en la parte oriental. Las montañas más altas de estos cerros son Guadalupe y Monserrate, que se levantan de manera abrupta. Así como la sabana y los ríos, los cerros Orientales desempeñaron un papel relevante como abastecedores de alimentos y materias primas. También fueron vistos como parte de la ciudad y tenían un alto carácter simbólico¹⁵.

La percibida sensación de unidad entre ciudad y paisaje circundante tenía que ver con que en muchos solares y patios interiores se plantaron, como en la sabana, vegetales y árboles frutales y se mantuvieron animales domésticos. Dentro del trazado de la ciudad, por ejemplo en el sur, en los barrios Las Nieves, San Victorino y Santa Bárbara, fueron utilizados muchos lotes para la plantación agrícola. También en la periferia se encontraban numerosos jardines de vegetales¹⁶. La sensación de unidad entre ciudad y el paisa-

12 Escovar, Mariño y Peña, *Atlas histórico de Bogotá*, 17.

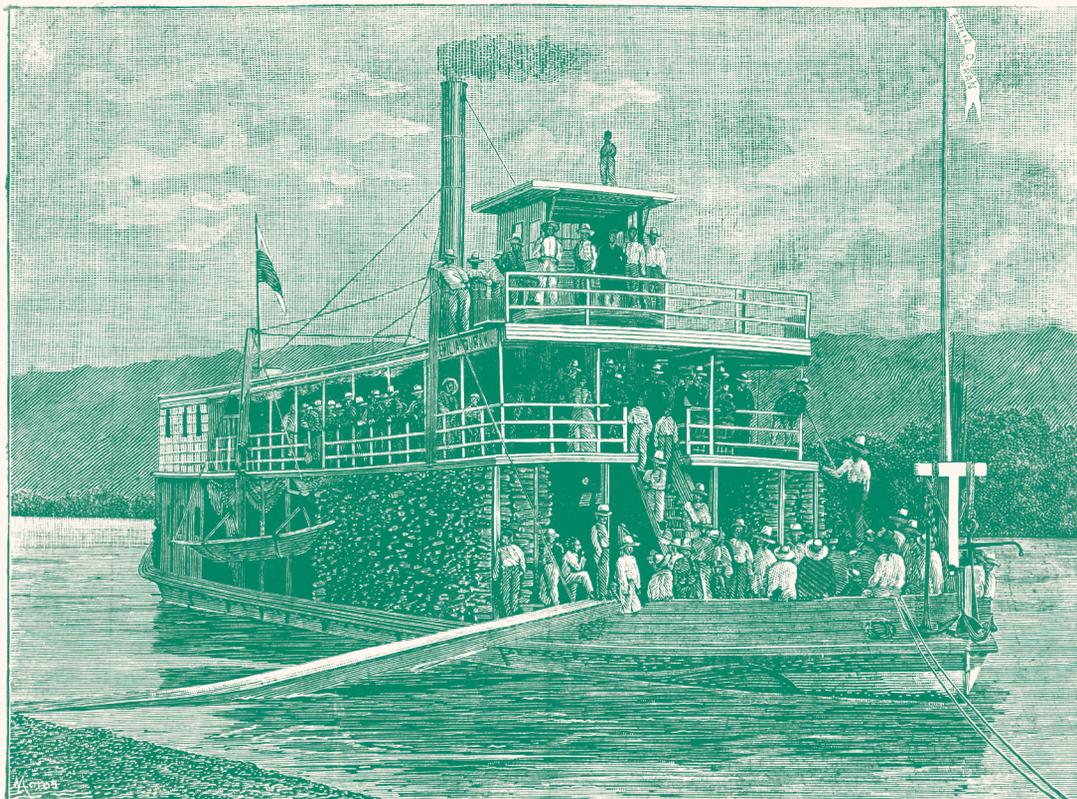
13 Durante la Colonia se tomaron diferentes medidas para garantizar el abastecimiento de agua, como la construcción de acueductos. El primero fue el de Fucha (1681-1739). Después de su destrucción, ocurrida por un derrumbe, se reemplazó por el de Aguavieja (1757). En los años siguientes se construyeron los de Las Nieves, San Victorino, San Agustín y Santa Bárbara. Para una historia sobre el abastecimiento de agua en Bogotá, ver, entre otros: *Bogotá: estructura y principales servicios públicos* (Bogotá: Cámara de Comercio de Bogotá, 1978); Fabio Zambrano Pantoja y Julián Vargas Lesmes, “Santa Fe y Bogotá: evolución histórica y servicios públicos (1600-1957)”, en: *Bogotá 450 años, retos y realidades* (Bogotá: IFEA; Foro Nacional por Colombia, 1988), 11-92; Fundación Misión Colombia, ed., *Historia de Bogotá*, t. I: *Siglo XIX* (Bogotá: Villegas Editores, 1989), 37.

14 El río San Francisco era llamado Vicachá por los muiscas. En la mitad del siglo XVI fue renombrado, porque en su orilla se construyó un claustro franciscano. El río San Agustín fue llamado así por un claustro agustino. Ver Mejía, *Los años del cambio*, 66-69.

15 Desde la época precolombina los muiscas tenían una fuerte relación con la naturaleza. Las montañas, las aguas, los ríos y lagos fueron adorados como santuarios. *Cerros de Bogotá*, 145-146. Muchos de estos sitios no han perdido completamente su significado. Ver Mejía, *Los años del cambio*, 30.

16 Mejía, *Los años del cambio*, 33.

Ricardo Moros Urbina. *Alto Magdalena Vapor "Emilia Durán"*. Firmado Moros. 1884. Grabado en madera a la testa. Prueba de autor. 150 x 137 mm. *Álbum de grabados*, Archivo General de la Nación. *Papel Periódico Ilustrado*, n.º 67, año III, 25 de mayo, 1884



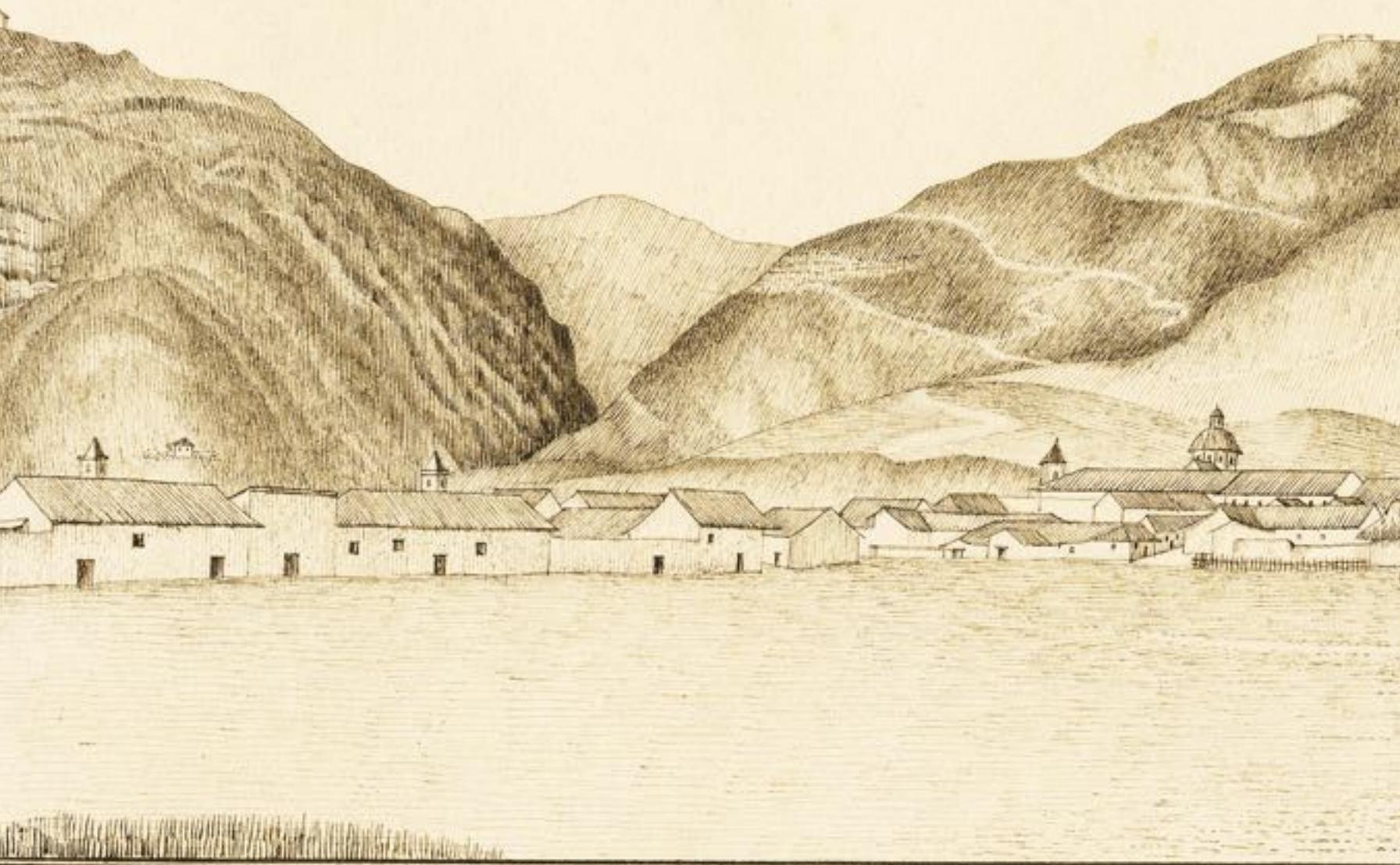
je circundante fue también producida por un carácter uniforme producto de la austera vegetación de la sabana, los cerros Orientales y la urbe misma. Según descripciones de viajeros del siglo XIX, en la sabana y en las montañas habían pocos árboles. Durante la época colonial se talaron en la sabana más árboles de los que fueron plantados, ya que se prefería una vista ilimitada a la llanura, en vez del panorama de un bosque tupido¹⁷. La sensación de uniformidad se afianzaba aún más para los viajeros que, después de recorrer por varias semanas las regiones tropicales del país con su vegetación exótica y variada, llegaban a la sabana de Bogotá y encontraban un paisaje austero. En el siglo XIX a Bogotá se accedía solamente con mucho esfuerzo. Para alcanzarla desde la vía marítima, era necesario hacer un viaje por el río Magdalena desde la costa atlántica. Después de llegar a Honda, debía realizarse un penoso viaje a pie por los Andes, para acceder finalmente, luego de varios días, a la meseta de Bogotá. Al ver la variada flora y fauna tropical en el camino hacia la ciudad, esta parecía austera. Seguramente así lo percibió Alexander von Humboldt, quien aseguró en 1801, luego de su llegada a Bogotá, donde investigaba la flora de la sabana y de los cerros Orientales:

El ojo está acostumbrado a la luz espesa del bosque, a precipicios y rocas y de pronto se ven campos de trigo sin fronteras en la planicie sin árboles [...] tan amistosos le pueden sonreír al europeo los cultivos de trigo, así tiene la planicie por su falta total de árboles y la crudeza del clima un carácter serio, sí triste y uniforme.¹⁸

De manera similar lo describía el diplomático y dibujante francés Auguste Le Moyne (1800-1880), durante su estadía en Bogotá de 1828 a 1839:

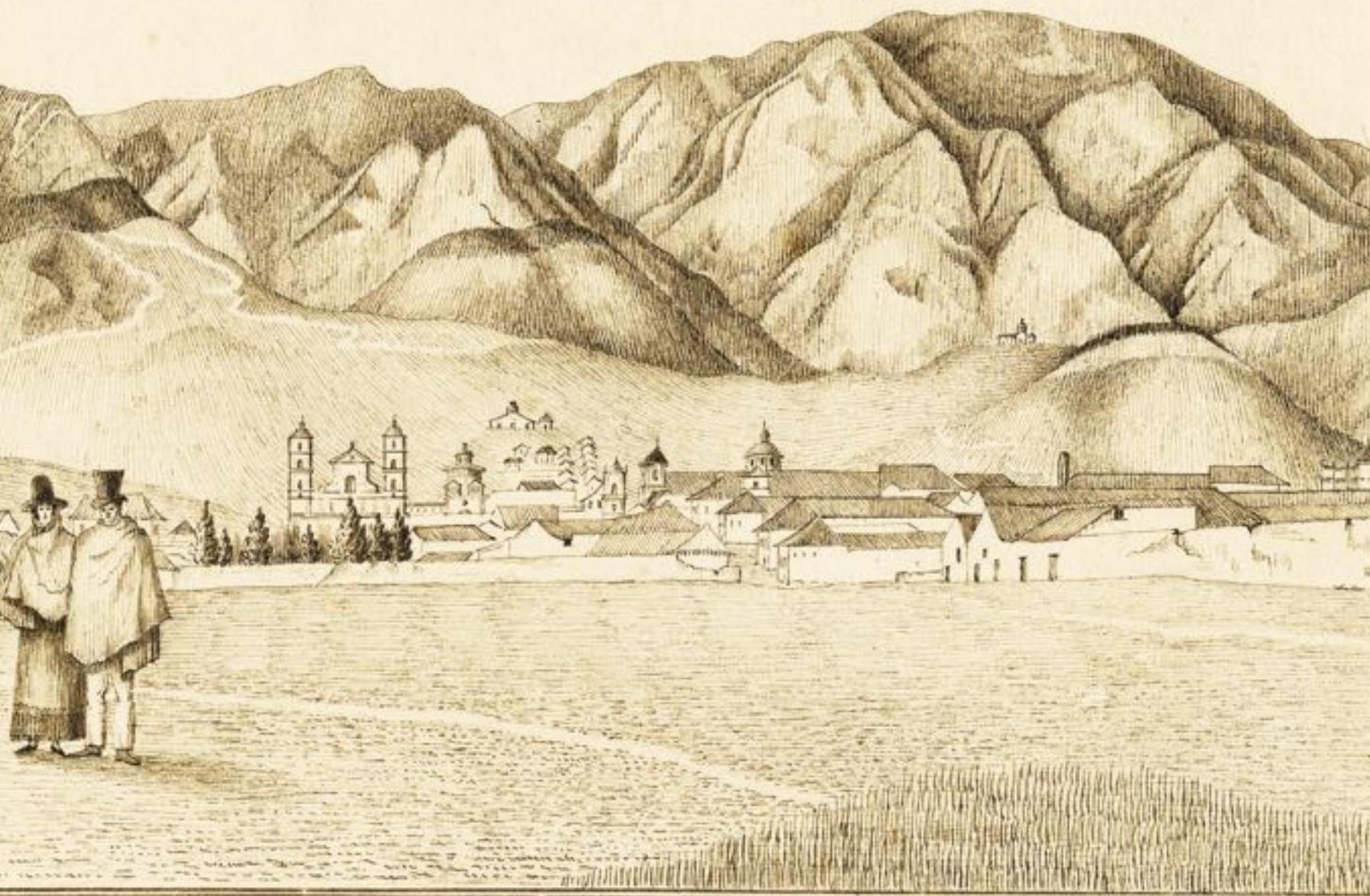
¹⁷ Mejía Pavony lo describe como “la costumbre castellana de preferir la llanura abierta a los bosques”. Mejía, *Los años del cambio*, 49.

¹⁸ Humboldt, *Alexander von Humboldt in Kolumbien*, 38.



Auguste Le Moyne. *Vista de Bogotá desde la Huerta de Jaime*. 1830. Colección Museo Nacional de Colombia

vue de
prise de la Huerta



Boogota

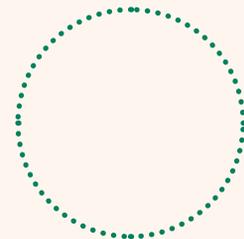
ta de aymé.

Al recorrer la meseta de Bogotá, que mucha gente me había descrito como El Dorado, debo confesar que el aspecto de esta nueva región no provocó en mí más que un entusiasmo relativo; en vez de esos grandiosos paisajes integrados por perspectivas variadas y agradables, no veía más que una inmensa sabana enmarcada por una línea negra de montañas peladas [...]; como árboles no se veían más de vez en cuando que algunos manzanos, albaricoques y sauces esparcidos entre las praderas [...] las casas, de aspecto lamentable, eran tan poco numerosas como los árboles.¹⁹

Según las descripciones de viajeros del siglo XIX, la sabana y las laderas de las montañas Monserrate y Guadalupe tampoco tenían una cantidad de árboles considerable. Solamente en los picos y las faldas se encontraba una vegetación más rica, como escribía el viajero John Steuart en 1836, después de su visita a estos cerros:

Aunque desnuda de jardines y de campos cultivados, avenidas arboladas y bosques de árboles gigantescos, que añaden tanta gracia a la majestad del escenario montañoso, para el verdadero amante de la naturaleza hay mucho que admirar en los alrededores de la ciudad. [...] Arriba, la montaña se torna más fértil. Aquí alegran la vista altos arbustos y musgos bellamente coloreados.²⁰

La unidad existente y también percibida de Bogotá con el paisaje circundante se empezó a deteriorar desde mediados del siglo XIX.



Sauce
Salix humboldtiana



Manzano
Billia rosea *

* Las ilustraciones de esta publicación corresponden a plantas nombradas en documentos de las entidades administradoras de los parques y jardines públicos. En su mayoría las fuentes no mencionan el nombre botánico, sino al nombre vulgar o común de la vegetación, lo que dificulta su identificación exacta. Para las ilustraciones se hizo un acercamiento gráfico de las mismas, teniendo en cuenta el nombre común nombrado en las fuentes históricas y algunas publicaciones actuales sobre arbolado urbano del Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis.

¹⁹ José Luis Díaz Granados, ed., *Viajeros extranjeros por Colombia* (Bogotá: Presidencia de la República, 1997), 62-63.

²⁰ Ver John Steuart, *Narración de una expedición a la capital de la Nueva Granada y residencia allí de once meses (Bogotá en 1836-1837)* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1989), 175-181, citado en Mejía, *Los años del cambio*, 55.

Bogotá en la segunda mitad del siglo XIX

Desde la segunda mitad del siglo XIX, Bogotá experimentó varios cambios a nivel urbano. Después de la Independencia, uno de los pasos en la búsqueda de una nueva identidad consistió en borrar los símbolos coloniales: en 1819 se retiró el nombre Santafé y en 1849 la nomenclatura colonial, pues hacían alusión al dominio español. Muchas calles y plazas fueron renombradas según sitios en los que tuvieron lugar las guerras de la Independencia o según provincias latinoamericanas²¹. Otro cambio importante ocurrió en las plazas coloniales, en donde se erigieron estatuas que representaban a los héroes de las guerras de la Independencia, siendo la primera una figura de Simón Bolívar para la plaza Mayor, ubicada allí por motivo de la celebración de la Independencia el 20 de julio de 1846²². Fue el primer monumento de la ciudad y reemplazó la figura que estaba ubicada anteriormente en la fuente de la plaza Mayor, conocida como el *Mono de la pila*²³.

Otro de los cambios tuvo que ver con un significativo crecimiento poblacional. En 1801 la ciudad tenía 21.349 habitantes y para 1905 eran ya 100.000²⁴. El aumento de alrededor 80.000 personas no se había hecho visible en la expansión de la ciudad. El área habitada de la capital permaneció casi igual durante todo el siglo XIX; con el incremento de los habitantes no creció la ciudad, sino que se densificó²⁵. A principios del siglo XIX Bogotá no tenía una densidad uniforme. El trazado constaba de bloques de viviendas; sin embargo, existían aún muchas áreas libres. Una razón era que muchas casas y conventos tenían grandes patios interiores. Para los nuevos habitantes se dividieron muchas de las antiguas y grandes casas coloniales, en vez de construir nuevas viviendas. Dentro de este proceso desaparecieron varios de los patios interiores. Con la subdivisión de las casas, aparecieron las tiendas, pequeñas habitaciones en las que las familias vivían y debían realizar todas las actividades cotidianas²⁶. La situación en las tiendas era crítica, había hacinamiento y muy malas condiciones higiénicas²⁷. En ellas vivía gran parte de la población más pobre de la ciudad, en su mayoría de ascendencia mestiza. Los artesanos se alojaban en casas, la mayor parte de las cuales eran de un solo piso y estaban habitadas por numerosas personas. Las habitaciones para trabajo, comercio y vivienda se encontraban con frecuencia en un mismo edificio²⁸.

21 Mejía, *Los años del cambio*, 417. El cambio de la nomenclatura, que se basa en la de la ciudad de Nueva York, entró en vigencia en 1886.

22 Fabio Zambrano Pantoja, “La polisemia del espacio público”, en *Bogotá y lo público*, eds. Camilo Salazar Ferro y Diana Ruiz Cendales (Bogotá: Ediciones Uniandes, 2003), 40.

23 Mejía, *Los años del cambio*, 196. Hasta ese momento, las esculturas y las imágenes en Bogotá tenían exclusivamente contenidos religiosos. Incluso el llamado *Mono de la Pila* es en realidad una representación de Juan Bautista. Entonces, la estatua de Bolívar en la plaza del mismo nombre no solo es el primer monumento profano de la ciudad, sino que también reemplazó una representación religiosa.

24 Existen varias teorías en la literatura sobre el aumento de la población en Bogotá durante ese lapso de tiempo. Algunos autores opinan que está relacionado con la inmigración desde otras ciudades. Ver Zambrano y Vargas Lesmes, “Santa Fe y Bogotá”, 20; también Mejía, *Los años del cambio*, 28.

25 Ver, entre otros: Mejía, *Los años del cambio*, 31; Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá*, t. 1: *Siglo XIX*, 25.

26 Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá*, t. 1: *Siglo XIX*, 20.

27 La densidad de población en 1890 era de 412,6 habitantes por hectárea, la cifra más alta hasta ese momento en la historia de la ciudad. Zambrano y Lesmes, “Santa Fe y Bogotá”, 20.

28 Thomas Fischer, “Lebensstile und ‘Distinktionen’ in der städtischen Gesellschaft Bogotás des 19. Jahrhunderts. Zum Nutzen von Reiseberichten für die Sozialgeschichte Lateinamerikas”, en *Die Wiederentdeckung Lateinamerikas – Die Erfahrung des Subkontinents in Reiseberichten des 19. Jahrhunderts*, eds. Walther L. Bernecker y Gertrud Krömer (Frankfurt am Main: Vervuert Verlag, 1997), 221-224.

La clase social en peores condiciones, y la más numerosa, era la llamada “gente del pueblo”, sobre todo de ascendencia indígena y que había crecido mucho desde aproximadamente la mitad del siglo XIX. La cantidad de campesinos e indígenas empobrecidos despojados de sus tierras había aumentado considerablemente. Su situación social se había desmejorado con rapidez. En Bogotá eran ellos los que realizaban los trabajos menos calificados y corporalmente más duros, como cargadores de agua o jornaleros, o pertenecían al servicio doméstico²⁹. La mayoría habitaba en la periferia de la ciudad o en las orillas de los ríos en ranchos de barro³⁰.

La clase alta se basaba en las costumbres europeas para el diseño de sus casas, su vestimenta y sus hábitos. A pesar de la distancia, el punto de orientación para la élite de Bogotá era Europa y, en primera instancia, París³¹. La mayoría de los viajeros que visitaron Bogotá en el siglo XIX describieron a la clase alta como nada inferior a París en lo que se refería al consumo. El viajero argentino Miguel Cané aludió a ella en 1883 como:

Una sociedad culta, inteligente, instruida y característica. He dicho antes que Colombia se ha refugiado en las alturas, huyendo de la penosa vida de las costas, indemnizándose, por una cultura intelectual incomparable, de la falta completa de progresos materiales.³²

Y agregaba:

Es, por cierto, curioso llegar sobre una mula, por sendas primitivas en la montaña, durmiendo en posadas de la Edad Media, a una ciudad de refinado gusto literario, de exquisita civilidad social y donde se habla de los últimos progresos de la ciencia como en el seno de una academia europea.³³

En la elección de la vestimenta la clase alta imitaba la moda europea. Sobre el atuendo de las mujeres, Cané escribía: “parecen salidas la víspera del reputado taller de una modista de París, nadie creería que se encontraban en la cumbre de un cerro perdido en las entrañas de América”³⁴. La clase alta vivía en casas pomposamente amobladas. En las dos últimas décadas del siglo XIX, las casas de dos pisos en los mejores barrios se convirtieron en la regla. Las habitaciones se ubicaban en el segundo piso; el primero era utilizado como almacén o depósito, o, si no existía esa necesidad, se alquilaba a familias más pobres³⁵. Dentro de las distracciones de la clase alta se encontraban bailes espontáneos u organizados en el salón de algunas de las familias, sobre lo que señalaba el suizo Ernst Röthlisberger en 1898: “No nos equivocamos al afirmar, que la mayoría de estos finos salones bogotanos son superiores en riqueza a nuestros salones en Suiza”³⁶.

29 Felipe Gaitán Ammann, *Expresiones de modernidad en la Quinta de Bolívar. Arqueología de la alta burguesía bogotana en tiempos del Olimpo Radical* (Bogotá: Ediciones Uniandes, 2005), 32.

30 Fischer, “Lebensstile und ‘Distinktionen’”, 227.

31 Fischer, “Lebensstile und ‘Distinktionen’”, 221-223.

32 Díaz Granados, *Viajeros extranjeros*, 135.

33 Díaz Granados, *Viajeros extranjeros*, 135.

34 Díaz Granados, *Viajeros extranjeros*, 128.

35 Fischer, “Lebensstile und ‘Distinktionen’”, 207-208.

36 Ernst Röthlisberger, *El Dorado. Reise und Kulturbilder aus dem südamerikanischen Columbien* (Bern: Schmid und Francke, 1898), 87.

El deseo de representación y la inspiración en las costumbres europeas de la clase alta estaban en clara discrepancia con la realidad de la ciudad, puesto que más de la mitad de los habitantes vivía en la pobreza. La precaria infraestructura agravaba las condiciones de vida, sobre todo el deficiente abastecimiento de agua potable. Desde la época colonial se habían utilizado los ríos San Francisco, Arzobispo y Manzanares como reservas de agua, sin embargo, su capacidad ya no alcanzaba para toda la ciudad. A esto se le sumaba la alarmante degradación y suciedad de los ríos, en los que se expulsaban los desechos de la canalización y las basuras. Era evidente que el abastecimiento de agua potable bajo estas circunstancias no podía seguir siendo mantenido³⁷. La contaminación de los ríos y la estrechez en las tiendas condujo en la segunda mitad del siglo XIX a la aparición de varias epidemias, como tifo, disentería, sarampión, entre otras enfermedades³⁸. Al tema de la higiene se le fue atribuyendo cada vez mayor importancia. A principios del siglo XIX habían sido publicados algunos escritos sobre el tema en Colombia, influenciados por el estándar médico de Europa, en especial los resultados de la investigación en Francia³⁹. Para combatir la deficiente higiene en Bogotá se fundó en 1863 la Junta de Aseo y Ornato, que se ocupaba de la limpieza, el decoro y la higiene de la ciudad⁴⁰, y que se transformó en 1898 en la Compañía de Aseo y Ornato de Bogotá, precursora de la Sociedad de Embellecimiento o Mejoras y Ornato, entidad que sería posteriormente responsable de la administración de los parques y jardines públicos de la ciudad. En el contexto de los cambios urbanos después de la Independencia, como la erección de los primeros monumentos dedicados a los héroes de las gestas independentistas y de los graves problemas higiénicos de la ciudad, se crearon varios parques y jardines públicos, resultado de la conversión de plazas coloniales.

³⁷ Mejía, *Los años del cambio*, 81.

³⁸ Iriarte, *Breve historia de Bogotá*, 145.

³⁹ Zandra Pedraza, “En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad” (tesis de Doctorado *Freie Universität Berlin*, Berlín, 1996), 93. Por medio de la Constitución de 1886, el Estado se comprometió a ocuparse de la higiene y de la salud de los ciudadanos. Con el Parágrafo 30 de 1886 se fundó la Junta Central de Higiene, que estaba subordinada al Ministerio de Instrucción Pública y que debía luchar contra las epidemias y enfermedades, así como contra la malnutrición infantil. Ver: Néstor José Miranda Canal, “La medicina colombiana, de la Regeneración a los años de la Segunda Guerra Mundial”, en *Nueva historia de Colombia*, t. VI: *Educación y ciencia. Luchas de la mujer. Vida diaria* (Bogotá: Planeta, 1989), 267.

⁴⁰ Claudia Patricia Hernández Duarte, “Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá: una visión particular en la transformación de la ciudad. Relación de periferia barrio Las Cruces” (tesis de Maestría en Restauración de Monumentos Arquitectónicos, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2001), 7-10.

**"NECESITAMOS
UN PARQUE
PARA NUESTRA
QUERIDA CAPITAL"**





Plaza Santander, 1881. Librería Colombiana, Bogotá. Colección Particular

La creación de los primeros parques y jardines públicos a finales del siglo XIX

La plaza de Bolívar

Esta fue la primera de las plazas coloniales en ser convertida en parque o jardín en Bogotá⁴¹. Llamada anteriormente plaza Mayor, había sido la más importante de la ciudad desde su fundación. Durante la época colonial cumplía diferentes funciones, tanto de tipo simbólico como ceremonial. Era también el sitio en el que se reunían los habitantes de la ciudad a recoger agua de la fuente el *Mono de la pila* o para visitar el mercado los viernes. Después de la Independencia, siguió manteniendo su significado simbólico y ceremonial⁴².

En 1843 había sido descrita por el viajero Jean-Baptiste Boussingault como una plaza “muy grande, sin que en ella haya plantas, árboles o jardines; todo presenta la triste aridez que gusta tanto a los castellanos”⁴³. En 1845 fue renombrada como plaza de Bolívar y el 20 de julio de 1846 se erigió en la mitad una escultura de Simón Bolívar con motivo de la celebración del aniversario de la Independencia de Colombia⁴⁴. El monumento había sido realizado por iniciativa privada de José Ignacio París Ricaurte (1780-1848), quien lo encargó al escultor italiano Pietro Tenerani (1789-1869).

Desde los años 1860 se había planeado construir un parque o jardín en la plaza de Bolívar, como lo demuestra un boceto con fecha de 1862 atribuido a Jorge Bunch⁴⁵. En este, el monumento a Bolívar debía encontrarse en el centro de la composición y estar rodeado por cuatro árboles. En la zona verde entre los caminos estarían localizados varias hileras de árboles y cuadros de flores en forma de meandro. Un camino debía encontrarse de forma paralela a la reja; en lo que respecta a la ubicación del monumento, el boceto de Bunch se diferencia, tanto en el diseño de los caminos como en el diseño general, del proyecto realizado finalmente.

En febrero de 1880 se decidió, por iniciativa del ministro de Educación, Ricardo Becerra, encargar al jardinero Casiano Salcedo (?-1918) la construcción de un parque o jardín en la plaza de Bolívar. Sin embargo, Salcedo informó, en 1918, que el parque había sido empezado por el jardinero alemán Wilhelm o Guillermo Kalbreyer (1847-1912)⁴⁶. El parque fue construido

41 Sobre la utilización de los términos *jardín* y *parque* a finales del siglo XIX en el contexto bogotano se hablará más adelante. A continuación se seguirá nombrando a las plazas transformadas como *plaza* o, siguiendo a algunas fuentes, como *parque*.

42 La historia de la plaza de Bolívar y del monumento de Bolívar ha sido muy investigada y no se recapitulará en esta investigación minuciosamente. Ver, entre otros: Escovar, Mariño y Peña, *Atlas histórico de Bogotá*, 230-231; Martínez, *Bogotá*; Carlos Martínez, “Las tres plazas coloniales de Bogotá”, en *Bogotá: estructura y principales servicios públicos*.

43 Boussingault (1823), citado en Escovar, Mariño y Peña, *Atlas histórico de Bogotá*, 230.

44 Con el Decreto del 20 de julio de 1845, se renombró como plaza de Bolívar. Martínez, *Bogotá*, 120.

45 En el catálogo del Archivo General de la Nación se le atribuye la autoría del plano a Jorge Bunch. Bunch solo se menciona en ese contexto en relación con la plaza de Bolívar y no parece haber estado relacionado con otros proyectos de parques y jardines en Bogotá. Ver “Boceto para la reforma de la plaza de Bolívar”, Archivo General de la Nación (AGN), Sección Ministerio de Obras Públicas (MOP), Fondo Invías, Mapoteca 4, ref. 38-A.

46 G. Ortiz Williamson, “Casiano Salcedo”, *Cromos*, vol. I, n.º 106, 16 de marzo, 1918, 138.



Ubicación de la Plaza Mayor, renombrada como Plaza de Bolívar en 1845. *Plano topográfico de la ciudad de Bogotá*. Litografía de M. Bracho y J. Martínez. 1848. Colección Museo de Bogotá, Fondo Cartográfico, registro MdB00340



Alphons Stübel y Wilhelm Reiss. Plaza de Bolívar. Catedral y Capilla del Sagrario. Ca. 1868. Colección Banco de la República

Potosí



Plaza Mayor, Bogotá.



Edward Walhouse Mark. Plaza Mayor de Bogotá. 1846. Colección Banco de la República

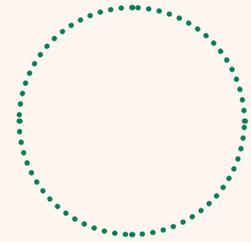
sobre un área cuadrada en la mitad de la plaza donde se encontraba el monumento a Bolívar que constituía, tanto en sentido estético como simbólico, el centro del parque.

En 1880, es decir al mismo tiempo en que se empezó a construir el parque, se volteó la escultura en dirección sur, hacia el Capitolio, que se encontraba en construcción. Durante este cambio se le agregó a la escultura un pedestal poligonal. El pedestal estaba decorado con los escudos de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Los relieves de bronce permanecieron en el mismo lugar.

El parque construido tenía forma cuadrada y estaba encerrado por una reja. A cada uno de los lados oriental, norte y occidental, y de manera paralela a la reja cuadrada que rodeaba la escultura de Bolívar, se construyó un tapete de forma oval⁴⁷. Hacia el costado sur, en donde estaba el portal de entrada, se construyeron dos tapetes redondos más pequeños, sobre cada uno de los cuales se sembró una araucaria excelsa en 1892⁴⁸.

En los lados oriental y occidental se ubicó respectivamente una fuente de bronce con figuras de aves, concretamente, de garzas⁴⁹. El diseño del jardín se caracterizaba por su simetría. En las esquinas fueron sembrados tapetes más pequeños y ovalados, que enmarcaban el parque y repetían el motivo del lado sur. Paralelos a la reja exterior, había tapetes rectos, que eran interrumpidos por árboles solitarios. En fotografías de la época se puede reconocer claramente que los tapetes tenían un diseño figurativo. Casiano Salcedo informaba en este sentido en 1892 que había reparado tres tapetes en forma de estrella⁵⁰.

El parque se caracterizaba por sus anchos caminos; los tapetes parecían no tener relación unos con otros, a pesar de ser parte de un contexto. El autor Lisímaco Palau describía en 1894 el estado del parque de la siguiente manera: “tiene bellísimos árboles, dos pilas de bronce, varios asientos de madera y está rodeado de una hermosa verja de hierro”. Agregaba que en allí tenían lugar conciertos musicales los jueves⁵¹. Borda describió el parque en 1892 como un jardín “de severo estilo inglés”⁵².



Acacia
Acacia bracinga

47 En alemán se utiliza el término *Teppichbeet* para designar este elemento del arte de la jardinería. En español no existe una palabra equivalente; la utilización del término *tapete* parece la más adecuada. Wimmer define al *Teppichbeet* de la siguiente manera: “Los tapetes son, a diferencia de los cuadros de flores, cuadros en los cuales se plantan estampados específicos conformados por diferentes plantas de colores y que tienen cierta similitud con un tapete tejido. El estampado es más importante que el cuadro y más importante que la planta individual”. Clemens Alexander Wimmer, “Die Kunst der Teppichgärtnererei”, *Die Gartenkunst* 3, n.º 1 (1991): 1.

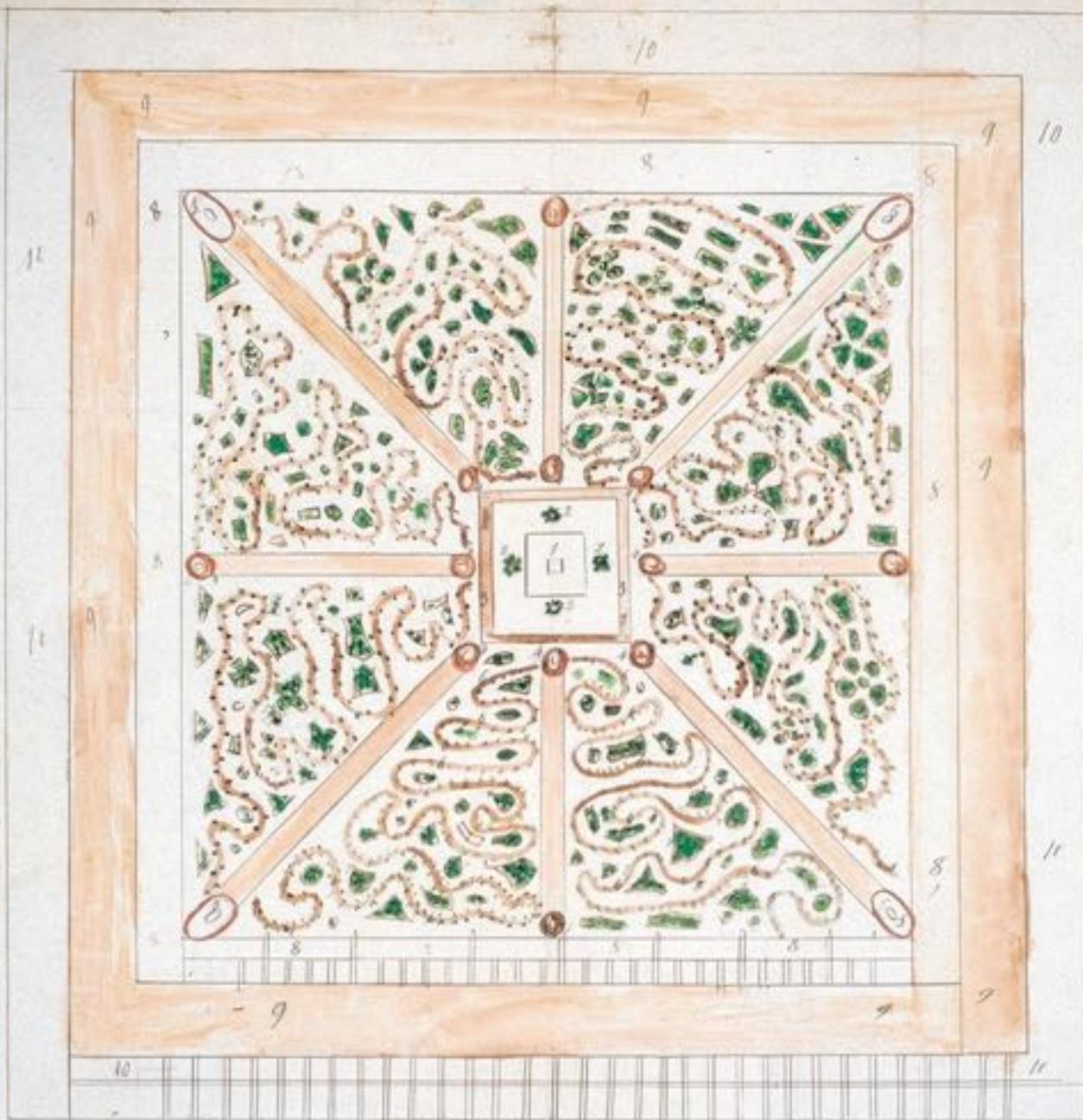
48 “Informe sobre los trabajos realizados en las plazas y parques de la ciudad”, junio de 1892, firmado por Casiano Salcedo, AGN, Sección República, Fondo MOP, Bogotá Parques, Plazas y Jardines Varios, 1887-1916, 000823, f. 25.

49 Las garzas se utilizaron de nuevo en una pila del parque Colón en 1927. En el informe anual de la Sociedad de Embellecimiento de este año se señalaba que, en la parte superior para recipiente del juego de aguas de una pila en el parque Colón, se había puesto uno de los platones con el juego de garzas que existía en el antiguo parque de la plaza de Bolívar, conservado por la Comisión de Parques de la Sociedad. Ver Juan F. Medina, “Informe general del administrador de Obras de la Sociedad”, *Boletín de la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá*, 3.a época, n.º 57 y 58, enero, 1928, 75.

50 “Informe”, junio de 1892, AGN, 000823, f. 25.

51 Lisímaco Palau, *Guía histórica y descriptiva de la ciudad de Bogotá* (Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hs., 1894), 31.

52 Ignacio Borda, *Monumentos patrióticos de Bogotá: su historia y descripción* (Bogotá: Imprenta de la Luz, 1892), 11.



1. Estatua de Bolívar
2. Arboles alrededor de la estatua
3. Cuadro para situar escultura en el centro del Parque
4. Columnas de 2 metros de altura y 30 centímetros de diámetro
5. Estanques con sustitución de tubos de hierro de bronce de otras
6. Calles tortuosas de árboles
7. Cuadros de flores
8. Mesa interior de madera. Las varillas pequeñas son cuadrados 1 metro de largura y las grandes 15 centímetros
9. Base en ladrillo y arenado para el público en el centro del jardín
10. Mesa exterior



Jorge Bunch. Boceto para la reforma de la plaza de Bolívar. 1862. AGN, Sección MOPT, Fondo Inviás, Mapoteca 4, referencia 38-A



Plaza de Bolívar, araucarias excelsas. 1910. Archivo Urna Centenaria. Archivo de Bogotá. Intervención a color

